

COLABORACIONES

Esquizofrenia amorosa

No te amo, sin embargo te amo, ¿me comprendes? (Marguerite Duras)

En la cima de todos los debates clínicos se alza un obstáculo irrebalsable. Un escollo que interviene como piedra de toque sobre la que acaban por medirse, antes o después, los recursos del psicopatólogo. Aludo a la recurrente distinción entre lo que, con cierto desenfado, aún denominamos paranoia y esquizofrenia. Diferencia cómoda y fácil de establecer en los casos extremos, pero confusa y enmarañada en la multitud de formas intermedias que constituyen el grueso de la experiencia del alienista. Todos los estudiosos contemporáneos de las psicosis, cualquiera que fuere su inspiración teórica, han tenido que pronunciarse sobre este problema.

En esta ocasión propongo un abordaje indirecto, un punto de vista que aprovecha las coincidencias con otro debate de contenido muy distinto pero de dificultades análogas a éste que ahora nos interesa. Pues el eterno dilema entre qué cosa sea el amor y cuál la amistad me sirve aquí para trazar un paralelismo estrecho entre ambos asuntos. De tal modo que, como hipótesis de trabajo del breve estudio que sigue, propongo como punto de partida la consideración de la esquizofrenia como espacio fallido del amor, y de la paranoia, en cambio, como desequilibrio y deserción de la amistad.

En realidad, los límites entre el amor y la amistad han resultado siempre tan nítidos y a la vez borrosos, tan reversibles y al tiempo irreversibles como lo puedan ser hoy los de la paranoia y la esquizofrenia. Desde las primeras reflexiones clásicas

sobre el asunto, las formas intermedias y canjeables –en una u otra dirección– entre las manifestaciones propias del amor y de la amistad –*Eros* y *Philia*– suscitaron una controversia tan lúcida como indecisa, tan antigua como sorprendentemente actual. «Es necesario, escribe Platón, examinar a la vez la naturaleza de la amistad, del deseo y de lo que se llama amor, si se quieren tener nociones bien claras sobre este tema; hay, en efecto, dos cosas distintas y una tercera que se compone de aquellas dos, y lo que crea tantas perplejidades y dificultades es que un solo nombre las comprende a todas»¹. Ortega expresó la misma dificultad de un modo preciso: «Una sola y misma voz ampara y nombra la fauna emocional más variada»². «El amor ha dado nombre a la amistad»³, comentó en este mismo sentido Cicerón. «Que el amor penetre recubierto bajo el nombre de la amistad»⁴, añadió, por último, Ovidio a este florilegio de autoridades. Hay, pues, formas compuestas de amor y amistad que impiden una idea concisa de cada una, a la vez que, según comprobamos, se apunta desde un principio a la impotencia de la palabra como una de las causas principales de la confusión.

Pues bien, hoy seguimos obligados a parecida ambigüedad: decimos querer en general a los amigos, incluso a algunos llegamos a amarlos, del mismo modo que a quienes más hemos amado a veces preferi-

¹ PLATÓN, *Leyes*, 837a.

² ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Revista de Occidente-Alianza, 1980, p. 38.

³ CICERÓN, *De amicitia*, VIII, 26.

⁴ OVIDIO, *Arte de amar*, I, 718.

mos, por muy distintos motivos, trasladarles de la celestial esfera del amor a la órbita sublunar de la amistad. Eso cuando no les cubrimos de indiferencia o, algo ignominiosamente, les dedicamos antiguos restos de desprecio y rencor, sin que en algunos casos dejemos por ello de amarlos. «En el fondo, comentó en cierta ocasión Derrida, nunca he sabido ni querido distinguir entre el amor y la amistad»⁵.

En relación con estas dificultades se entiende que, según el momento y las circunstancias de nuestra vida, prefiramos la vida común de los amigos, como huyendo casi voluntariamente de la pasión, o, por contra, añoremos y persigamos las excelencias del amor uniéndonos a alguien que eclipsa a todos los demás y del que nunca querríamos separarnos. Casi como guiados por la misma disyuntiva con que, a lo largo de todas las épocas, los moralistas han recomendado alternativamente amar a todos por igual o a uno por encima de todos.

De momento, ante esta cuestión que ya comienza a dar signos de enrevesamiento y a multiplicar los inconvenientes –que me parecen trasladables al problema del diagnóstico diferencial que nos ocupa–, resulta indispensable aludir ahora al desafiante compromiso de la palabra. Porque si, de una parte, y como acabamos de ver, ésta siempre se ha mostrado insuficiente para establecer una diferencia precisa entre los dos grandes afectos del hombre –baste recordar, como complemento quizá superfluo de lo dicho, la equívoca figura del *amigo amado*, o la compleja definición de la *amistad verdadera*, que se guiaría por la necesidad del amor y no por la utilidad o el placer–, por otra parte, atendiendo prefe-

rentemente a la condición formal de la palabra y no tanto a su posible significado, nos devuelve abruptamente al problema de las psicosis: pues no conviene olvidar que la esquizofrenia, entre otras definiciones, admite la consideración de enfermedad de la palabra por excelencia.

La palabra, a los efectos que ahora perseguimos, es el vínculo privilegiado entre el amor y la esquizofrenia. ¿Qué son el enamorado y el esquizofrénico sino dos centinelas de la palabra? ¿No tratan acaso de recobrar y maniar lo inexpresable con el acierto inesperado de un vocablo o de un neologismo? Los males del amor y los impedimentos de la esquizofrenia se circunscriben por lo tanto, siguiendo la tesis que poco a poco prospera, en torno a las precariedades de la palabra. Ciertamente que, como cabe objetar a primera vista, el amor no puede quedar reducido a ese marco verbal, pues sus tentáculos se extienden también con verosímil apetencia tanto sobre los campos del deseo como del desmedido saber de la desconfianza, esto es, sobre la melancolía y sobre paranoia, los otros dos tipos clínicos que compiten con la esquizofrenia a la hora de ofrecer sus síntomas al psicótico. De manera que no es concebible el amor sin representárnosle estrechamente unido a las penas de la melancolía, a la que hace la corte dejándose arrastrar por la soga continua del deseo⁶, ni tampoco podemos representárnosle sin cierta inclinación hacia la desconfianza, a la que propende por naturaleza y que puede llegar a abrir sus puertas a los estragos de la paranoia. Pero, como es lógico, siendo precisamente

⁶ «Ciertamente la aflicción consume un poco, pero siempre llega del cielo en el momento adecuado la dulce y reparadora melancolía y derrama su bendición sobre el corazón». HÖLDERLIN, *Correspondencia amorosa*, Madrid, Hiperión, 1989, p. 68.

⁵ DERRIDA, *No escribo sin luz artificial*, Valladolid, cuatro.ediciones, 1999, p. 90.

COLABORACIONES

de los lazos que unen al amor con la esquizofrenia de lo que queremos hablar, prescindimos en esta ocasión de su elocuente vínculo con la melancolía, para centrarnos, por contra, en las estrategias que nos ayudan a distinguir con más claridad la esquizofrenia de las instigaciones en general aborrecibles de la paranoia.

En rigor, la palabra es la pieza nuclear tanto de la esquizofrenia como de la pasión amorosa. En ambas, su fecundidad o su desfallecimiento centran la experiencia, a diferencia de las incertidumbres de la amistad que, desde este ángulo interpretativo, no descansan directamente en la palabra, así esenciada, sino en su organización como discurso. Perdemos los amigos cuando ya no tenemos nada que hablar con ellos o bien cuando, por el mismo problema del decir, les cedemos el discurso amargo e invertido de la sospecha. Por el contrario, en la esquizofrenia y en el amor las dificultades no se centran en el esfuerzo de encontrar temas de qué hablar para participar del trato con los amigos, sino que lo que queda radicalmente en entredicho es la vitalidad de la palabra, de una cualquiera que reduce sobre su carne todo el lenguaje del sujeto y que, de súbito, surge plena, intensa, sedosa, mullida, divina, en el caso del enamorado, o, al revés, se muestra consumida, famélica, porosa, vacía y ausente en el esquizofrénico, expuesto desde ese momento, por su catástrofe verbal, al automatismo y al mal de las *voces*, que son siempre, pese a su posible carácter soez o insultante, *voces* de amor más que de amistad. *Voces* padecidas pero, en cualquier caso, también anheladas, impetradas o, incluso, provocadas para obtener al menos ese manto de habla invasora que protege mínimamente al psicótico de la soledad más extravagante entre todas las existentes. Porque «la palabra

amor existe»⁷, incluso en la mudez más inconcebible del autismo o en el parloteo irrefrenable de la alucinación.

Dejar constancia de estos acontecimientos no supone insinuar que el paranoico se desenvuelva libremente y con holgura en la escuela del amor, mientras que el esquizofrénico, en cambio, quede por su parte expulsado de ella. Pues, al igual que cualquier psicótico, el paranoico, además de un pobre y mal amigo, es un malogrado en el mundo amoroso. Sin embargo, sin salir de ese círculo de fracaso, el paranoico habita más enteramente en las dificultades de la amistad, mientras que el esquizofrénico, según iremos viendo, ha situado sus imposibles circunstancias en el mismo foco infernal en el que la pasión amorosa tiende a expresarse. La paranoia se inclina al orden y a la lógica, como la vida con los amigos cuida las virtudes de la conservación, el respeto, la medida, la semejanza y la reciprocidad. Pero la esquizofrenia y el amor, aunque ansiosos de unión, viven sometidos al desorden, a la disgregación y al arrebato pasional. En este sentido, el carácter disociativo o no disociativo –desordenado u ordenado–, que distingue clínicamente las psicosis observadas desde su vértice, se corresponde simétricamente con el amor y la amistad.

Hasta ahora –admitiendo una puntualización histórica que venga en ayuda de nuestra interpretación–, la melancolía acoataba los límites del amor y representaba como ningún otro mal la hermandad intemporal del amor y la locura. Los numerosos tratados que a finales del siglo XVI y comienzos de XVII se ocuparon de la llamada melancolía *erótica, amorosa o heroí-*

⁷ M. DURAS, *Esto es todo*, Madrid, Ollero & Ramos, 1998, p. 46.

ca –con estos distintos nombres la describieron, siguiendo la tradición, Jacques Ferrand, André Du Laurens, Alfonso de Santa Cruz, Robert Burton o Timothy Bright– son un buen ejemplo del interés que despertó este desasosiego como causa de las enfermedades mentales en la época en que la teoría humoral, hasta entonces dominante, empezaba a flaquear. No obstante, no es gratuito afirmar que la modernidad ha desplazado a la melancolía de estos terrenos, promoviendo a la esquizofrenia a la representación de los males y galas de la vida amorosa. Pues lo que en la actualidad se pone en juego, en cuanto al arte de amar y sus remedios, no se reduce al problema del control de las pasiones y a las consecuencias del amor insatisfecho o frustrado, como venía sucediendo desde la Antigüedad. Hoy el límite de nuestro deseo no se identifica con los pesares melancólicos, pues el amor se ha convertido antes en el descubrimiento de un abismo inquietante que en el sereno disfrute de un abrazo que, pese a todas sus dificultades y sinsabores, alberga una promesa suculenta y robusta. Conque mejor que una posible frustración avistamos una amarga imposibilidad: la conciencia irremediable de una herida en las raíces que no logramos cauterizar. Sufrimos no tanto del amor desgraciado cuanto del feliz e insaciable que se dilata hasta la desesperación. Por eso la esquizofrenia define hoy, mejor que cualquier otra manifestación psicopatológica, las dificultades de nuestra identidad y la alienación deseante con que nos aproximamos a los demás. La *esquizofrenia amorosa* regenta, en consecuencia, los límites contemporáneos de la pasión que la melancolía, finalmente destronada, ya no es capaz de abarcar. Lo que el amor viene a curar del presente no es el llanto de la tristeza sino el alarido racional del deli-

rio esquizofrénico. «No debemos menospreciar el amor como poder curativo de los delirios»⁸, dejó escrito Freud cuando queriendo solícitamente darnos la razón. Por el mismo motivo, la célebre pregunta atribuida a Aristóteles en el conocido *Problema XXX* –«¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres de excepción, bien en lo que respecta a la filosofía, o bien a la ciencia del Estado, la poesía o las artes resultan ser claramente melancólicos?»⁹– ahora debería ser aplicada preferentemente al esquizofrénico.

Pese a todo, los criterios que el psicopatólogo ha esgrimido para diferenciar los dos polos psicóticos que nos ocupan han sido de distinto orden, pero sin prestar nunca la debida atención a la hipótesis que aquí se defiende, a esa línea de acercamiento y separación que enlaza y aparta a la vez al amor y a la amistad. En general, y aunque unidos por una raíz común, todo aquello que hoy separamos como paranoia o esquizofrenia, casi más bajo los efectos de un cauto consenso que guiados por los bienes de la investigación y de la verdad, ha sedimentado a lo largo de las disputas nosológicas de este siglo y del precedente. Lo que hasta el momento ha cuajado de ese largo debate es de sobras conocido. En este orden de cosas, aún admitiendo un continuo entre unas formas y otras, e incluso haciendo de las especies intermedias los ejemplos más frecuentes y típicos –recuérdese la ambigüedad diagnóstica del caso Schreber–, a la paranoia la cedemos con comodidad las características de sistematización –que no poseería la disociada y dis-

⁸ FREUD, «El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen», *Obras Completas*, T. I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, p. 590.

⁹ ARISTÓTELES, *El hombre de genio y la melancolía. Problema XXX*, Barcelona, Sirmio, 1996, p. 79.

COLABORACIONES

cordante conciencia del esquizofrénico— así como el atributo de un desarrollo coherente con la personalidad y la ausencia terminal de ese ambiguo conglomerado que conocemos como síntomas negativos, y que se extienden entre el embotamiento, el déficit y la demencia. Junto a este dudoso criterio diferencial se manejan también otros pareceres más o menos convencionales: el grado de regresión, la presencia o no de automatismo mental, la afectación circunscrita o global del entendimiento, las diferencias en el goce o las localizaciones del llamado retorno de lo forcluido. Sin embargo, la intención de este texto, que como se viene sugiriendo no es más que un divertimento dichoso y distraído, casi un lujo ilícito, es observar las cosas desde un zigzag distinto, desde el ángulo obtuso bajo el cual los males que nos alejan del amor se confrontan, en resumidas cuentas, a la imprudencia que nos distancia de los amigos.

¿Serás, amor, un largo adiós que no se acaba? (Pedro Salinas)

Pues bien: resulta, según lo anticipado hasta ahora, que los síntomas más genuinos de la esquizofrenia pertenecerían al escenario amoroso, al menos en lo tocante a ese orden del amor que, con ciertas dificultades conceptuales, Stendhal distinguió como *amor pasión* para diferenciarle del amor placer, del amor físico y del amor vanidad¹⁰. Sin embargo, en el caso de la esquizofrenia reconocemos los mismos ingredientes del amor, dotados de la misma ebriedad y exaltación, pero, eso sí, huérfanos, anónimos, privados de su objetivo

natural, desplazados de su desenvolvimiento normal, sustraídos de toda posibilidad de intercambio y correspondencia.

Del amor se ha dicho que es como la amistad pero provisto de vehemencia¹¹. La esquizofrenia, siguiendo este orden de cosas, es una pasión particular, una pasión de ser tan intensa que concluye en la pasión abstracta de la soledad. Allí donde la paranoia, o los componentes paranoides de la psicosis —siempre presentes en la esquizofrenia— atraen al otro, aunque sea bajo el disfraz del enemigo y el engreído parentesco de la persecución, la esquizofrenia pura —si tal realidad existiere— pervive en sí misma, satisfaciéndose en su autoexclusión y en la amarga adoración de sí mismo. El esquizofrénico, como el enamorado, desfallece en el amor, pero en solitario, sin ese recipiente carnal o ideal que el otro nos cede para intentar alojarnos en él y evitar la amenaza de la ausencia. La soledad en esos casos resulta mortal. Fracasa, curiosamente, en las puertas mismas del amor sin dejar por ello de ser su hipérbolo.

Por otra parte, la soledad esquizofrénica no es relativa y temporal como la del enamorado, quien disfrutando de la más plena compañía asiste, sin embargo, al doloroso espectáculo de ver cómo entre las manos que enlaza le crece una insospechada distancia. *¿Serás, amor, un largo adiós que no se acaba?*, escribe Pedro Salinas para ilustrar esa despedida prolongada que se va gestando a medida que crece la proximidad. En cambio, al esquizofrénico la separación le irrumpe como un tajo desde un intemporal presente.

¹¹ «Damos el nombre de amigo a aquello que se asemeja a otra cosa en la virtud, así como a la relación que hay entre igual e igual... Cuando uno u otro de estos sentimientos adquiere vehemencia, lo denominamos amor». PLATÓN, *Leyes*, 837 b.

¹⁰ STENDHAL, *Del amor*, Madrid, Alianza, 1973, p. 97.

El esquizofrénico no necesita de la separación recurrente del enamorado, quien la pone en marcha, con aire salutar, desde el primer momento en que la pasión presenta sus credenciales al corazón del dolido afortunado. El esquizofrénico nunca se separó ni necesitó hacerlo, pues encarna el espíritu de aquel que, desde el principio, no tiene nada que perder puesto que todo lo había perdido de antemano. Tan lejos se encuentra de la petición del otro, tan lleno de vacío y tan ofuscado por su nuevo saber –el delirio, las voces– que ni siquiera es consciente a menudo de su ausencia. Vive como si no hubiera necesidad de ningún duelo, como si esa hipótesis, para él innecesaria, hubiera desaparecido de su horizonte. Vive con su muerte en la plenitud de sí mismo, en tan perfecta coincidencia con su yo que se siente rehén de sí mismo, condenado tras ese gesto a girar en torno a su propio perímetro sin conocer la vital experiencia de lo perdible. «¿Sabes?... Lo espantoso de morir es que se queda uno tan entregado a sí mismo»¹², pone en los labios de su nínfula Nabokov, como podría haberlo hecho, menos eróticamente, en boca de cualquier esquizofrénico.

Ambos, enamorado loco y loco enamorado, giran en la órbita del mismo problema, pero así como en el enamorado el dolor no trasciende la melancolía cardíaca de la separación, en el caso del esquizofrénico la traspasa para permitimos hablar de un crimen de amor, de esa figura cardinal de la psicosis que conocemos como *asesinato del alma*¹³. El enamorado exige como sea el

retorno del amado –«Te pido por Dios a quien te has entregado, le escribe Eloísa a Abelardo, que me devuelvas tu presencia de la forma que sea»¹⁴–, en tanto que el esquizofrénico sólo acierta a reclamar la presencia de un amor desconocido sacrificando de otra forma su alma: delirando. Si algo viene a confirmar la clínica del esquizofrénico es la tautología de que los solos llevan solos desde siempre, todo el tiempo.

Hablamos de una soledad que, por así decir, se pone de relieve en la relación del esquizofrénico con lo instantáneo. Porque el instante es la temporalidad del esquizofrénico, y a la vez el embrión temporal de la soledad. «Ese día se habló de la extinción de los relojes del mundo»¹⁵, escribe Schreber en alusión a esa reciente ineptitud del tiempo. El hombre con amigos –incluso en cierta medida el paranoico– vive un tiempo longitudinal, sujeto al yugo del recuerdo y del proyecto, de la memoria y del anhelo, mientras que el esquizofrénico mantiene un vínculo misterioso con lo breve y fulgurante. De esta enigmática relación se desprende una consecuencia que afecta también a la religiosidad del psicótico. Pues por su especial relación con el tiempo, podemos describir al paranoico como un hombre inclinado a la religiosidad dado que, aparte de lo que deba en esta dirección a su fanatismo, es alguien que no puede olvidar su pasado, su origen, ni desatender al futuro, aunque eleve y traslade estos sentimientos desde la vida normal del deseo, donde se turba hasta paralizarse, al

¹² V. NABOKOV, *Lolita*, Barcelona, Anagrama, 1998, p. 309.

¹³ «De todas maneras, escribe Schreber, la vastísima difusión de este tema del asesinato del alma o del raptó del alma nos deja cavilando: no cabe duda de que el tema no hubiera podido elaborarse con tanta

constancia entre tantos pueblos diversos, si cada vez no hubiera existido en la base del tema un fondo de verdad». D. P. SCHREBER, *Memorias de un neurópata*, Buenos Aires, Petrel, 1978, p. 40.

¹⁴ ABELARDO Y ELOÍSA, *Cartas*, Madrid, Alianza, 1993, p. 109.

¹⁵ D. P. SCHREBER, *Ibid.*, p. 99.

COLABORACIONES

lugar religioso donde se interesa por las postrimerías: por el comienzo y el fin de las cosas, por la incógnita de su filiación, por la naturaleza y representación del poder, por el motivo y el destino de la persecución que padece. En cambio, el esquizofrénico prescinde de la religión como de algo superfluo, pues su trato directo con lo sagrado, es decir, con lo divino y lo infernal, le exonera de toda obligación religiosa. Como todo enamorado, el esquizofrénico conoce directamente lo sagrado, donde pronto perfila la fisonomía de algún dios al que justificar con su peculiar teodicea, pero no se dispone respecto a ningún orden religioso. Le gusta la teología y todo lo que pueda traducirse en un esbozo cosmológico, pero no le atrae la liturgia ni le tienta ningún culto, ni se entrega al poder del Amo, del Uno y de la Ley, como hace con agrado el paranoico, tan propenso por ello a la discordia.

Los instantes del esquizofrénico son destellos de amor que sólo logran continuidad trasladados a la insistencia monótona del delirio. A caballo de esa repetición, da cuerda a una rueda temporal que intenta dilatar lo fugitivo en un conato de duración que, a su vez, procura aligerar la insoponible pesadez del pasado y la ausencia de futuro. Ese trato particular con lo fugaz hace del esquizofrénico un hombre diabólico en cuanto a su relación con el tiempo. Tan pronto se muestra eternamente joven, en virtud de esa edad adormecida que caracteriza a los locos, como se presenta súbitamente con todos los estigmas de la cronicidad: Henri Ey aseveró, dando cuenta de esa jugosa eternidad del instante, que «el delirio de un momento tiende a convertirse en el delirio de una existencia»¹⁶. Podemos su-

poner con lícita candidez que el hombre se resista a delirar, pero no podemos dejar de pensar que una vez que encuentra el delirio lo realmente difícil para él sea perderle.

A la vez, y en aparente contradicción con lo anterior, una de las aspiraciones del esquizofrénico, cuya ambición paga con la enfermedad, es perpetuar la pasión. Ya que no puede, como el enamorado, glosar el interminable engaño del deseo, trata por otros medios de prolongar su amor hasta el infinito. De ahí el temor del esquizofrénico a la apatía, pese a su usual aislamiento e inhibición, y su frecuente resistencia a ingerir psicofármacos que, en su experiencia, pueden revelársele como la antítesis moderna de los filtros amorosos, como bebedizos que vienen a restañar su necesario despilfarro vital y a cerrar el conmutador del pensamiento. Hölderlin, de quien siempre dudaremos si estaba loco o enamorado, escribió un sugerente comentario sobre su vivencia del tiempo amoroso que resulta aplicable también al lento discurrir de su psicosis, a su posterior recogimiento durante treinta años: «¡Querido amigo!, le informa a Neuffer, existe un ser en el mundo en el que mi espíritu puede detenerse y se detendrá durante siglos»¹⁷.

Probablemente, el ansia por eternizar la pasión tenga algo que ver con la vocación del amor por la exclusividad. De los tres círculos del amor: el requisito de la distancia, del número y del tiempo –qué proximidad, a cuántos y con qué duración–, nos interesa ahora el segundo, el referente a la cantidad. La pasión siempre es de un objeto único. «El amor, en efecto, tiende a ser una especie de exceso de amistad, y éste puede sentirse sólo hacia una persona»¹⁸,

¹⁶ H. EY, *Estudios sobre los delirios*, Madrid, Triacastela, 1998, p. 101.

¹⁷ HÖLDERLIN, *Ibid.*, p. 38.

¹⁸ ARISTÓTELES, *Ética nicomáquea*, 1171 a.

escribió Aristóteles. El amor concede la gracia artificial de no desear nada más¹⁹, y de ese desprendimiento deduce vanamente la perpetuidad. Quizá por ese motivo, por una simple razón de supervivencia del deseo, y de la vida por lo tanto, el amor resulte siempre temporal. No hay codicia, entonces, más legítima e imposible, ni estrategia más apetecida por el amante, que aquella que sea capaz de oponerse a esa decadencia tratando de prolongar la pasión sin fin. ¡Afortunado aquel que consiga tanta elasticidad para llegar a semejante estado! ¡De existir ni siquiera será creído! Por necesidad vital, entonces, y pese al intemporal *siempre* que invocan los que se aman, bien parece que el destino del amor sea disolverse en amistad, haciendo que la pasión *-pathos-* se transforme en costumbre *-habitus-*. Del mismo modo que, siguiendo el paralelismo central de este ensayo, la esquizofrenia tiende a pasar de sus estados más agudos o primarios a las formas paranoideas. Si el amor templara su anhelo constante de pasión suavizando el tiempo con la amistad, el esquizofrénico, igualmente, huyendo del dolor pasional de la eternidad y del desengaño amoroso de las *voces*, se estira en el dominio de la amistad donde le espera, con todo su arsenal para el agravio y el ultraje, la seguridad del enemigo. El

¹⁹ Cuestión mil veces abordada en la tratadística amorosa, ésta de la diferencia entre el deseo de tener y el conservar. Buen ejemplo es la siguiente opinión de LEÓN HEBREO: «Solamente amamos las cosas que tenemos y poseemos, mientras que deseamos las que nos faltan. Es decir, que el deseo precede al amor y, una vez obtenida la cosa deseada, nace el amor y el deseo desaparece». *Diálogos de amor*, Madrid, Tecnos, 1986, p. 3.

Un ejemplo muy contrario es el siguiente de BATAILLE: «El amor tiene esta experiencia: o su objeto te escapa o tú te escapabas de él». *El culpable*, Madrid, Taurus, 1981, p. 172.

esquizofrénico, de este modo, perpetúa la pasión como nadie, pero sólo lo consigue cobijando su avidez en el delirio paranoide. En este gesto reside el fracaso del esquizofrénico en su cruzada a favor de la pasión perenne, esto es, en su encuentro con la fatídica decepción de la orgía permanente.

También me interesan las palabras en lo que pueden ser utilizadas para hacer explotar el discurso (Jacques Derrida)

Ruidos, ecos, crujidos, fragmentos de significante, metralla de palabras, llamadas en principio imprecisas, rayas casi escritas, letras decapitadas, signos insufribles, palabras insonoras que no dicen nada, restos insólitos de sintaxis. Tales son las *voces* de amor que pueblan la cabeza del esquizofrénico. Todo el orbe de lo que identificamos como automatismo mental, fenómenos elementales o síntomas primarios, son, en el fondo y conducidos al límite, fragmentos de un amor imposible. Punto de convergencia de todos los elementos de la catástrofe que invade al esquizofrénico y le esclaviza en una pasión constante sin más resultado que la renovación repetitiva de una avalancha irreconocible de signos ciegos e insensatos. Arrastrados por el torbellino caótico de su propia estela el automatismo mental convierte los desperdicios del lenguaje en enamoramiento del esquizofrénico. Barthes dijo que «¡el enamorado es el semiólogo silvestre en estado puro! Pasa todo su tiempo leyendo signos. No hace más que eso: signos de felicidad, signos de infelicidad; en el rostro del otro, en sus conductas. Es presa de los signos, verdaderamente»²⁰.

²⁰ R. BARTHES, *El grano de la voz*, México, Siglo XXI, 1981, p. 309.

COLABORACIONES

Signos amorosos, entonces, que pueblan al esquizofrénico como respuestas delirantes en este caso a una pregunta no formulada. De «una vibración acompañada de un bordeone fúnebre infinitamente monótono»²¹, habla Schreber para referirse mediante sonidos a la supervivencia de las almas difuntas, pues moribunda aunque viva es el alma del esquizofrénico desde el punto de vista amoroso.

Mientras el paranoico declara la guerra a su enemigo y, de hecho, no se ocupa de otra cosa, el esquizofrénico no tiene palabras para declarar su amor a nadie, cuando, en verdad, –¡enfermo romántico donde los haya!–, hacerlo es su aspiración más secreta y necesaria. Pues para declarar el amor es menester una palabra disponible y robusta, capaz de explotar en el corazón del otro y no en la cabeza del psicótico, donde estalla en el seno de su ser propio, junto a las fuentes mismas del pensamiento. Sometido a ese tropiezo de la palabra e incapaz para dejar la mente en blanco, el esquizofrénico queda ocupado por un fenómeno curioso que el mismo Schreber describió con precisa metáfora: «el pensamiento que no dice nada»²². A partir de ese momento, fascinado ante sus propias ruinas, se verá compelido a reconstruir con los fragmentos mutilados de su lenguaje una curiosa muralla, una lengua de amor de llamativa usanza que nosotros nunca acertamos a definir bien, pero que, sin embargo, llamamos delirio con rotundidad, sin saber por lo demás de lo que en el fondo se trata. Un idioma nuevo que nadie va a entender y del que tampoco acertamos a conocer con precisión si, en última instancia, le está dirigido a alguien. Y sin embargo se trata

de una lengua que aparenta descansar tácitamente en cada uno de nosotros, pues todos los delirantes acaban, al fin y al cabo, diciendo formalmente lo mismo, con un número muy limitado de variantes. Fruto de la creación del psicótico o, al revés, fenómeno reflejo y espontáneo que surge de no se sabe dónde –casi como los antiguos creían que el melancólico podía en algunos casos, y de súbito, hablar correctamente latín sin haberlo estudiado²³– la consecuencia final es la misma: la impotencia amorosa de la palabra, ajada y sabotada en el núcleo exacto de la candente pasión del psicótico.

Hay un *ven* en la esquizofrenia, una atracción fatal del síntoma, que en su estructura interna se diferencia poco de la demanda amorosa, salvo que en el caso del esquizofrénico la referencia del otro no se encuentra. Buena prueba de tal paralelismo es el hecho de que incluso los recursos más comunes para combatir el duelo amoroso cuando éste irrumpe, como son la puesta en marcha de la seducción y el ejercicio del deber, también tienen una respuesta análoga en el esquizofrénico. Pues el que vuelve exánime de una pasión agotada cuenta entre sus recursos naturales con dos estrategias para combatir la tristeza y la culpa que todo duelo enciende. Dos métodos sin duda sutiles. Uno, el primero, la seducción, que impide la esclerosis del deseo y la inhibición melancólica; otro, el segundo, la urgencia de la obligación, el ansia austera

²³ Léase por ejemplo, el libro de A. VELÁZQUEZ, *Libro de la Melancolía en el cual se trata desta enfermedad, así llamada Melancolía, y de sus causas y síntomas. Y si el público puede hablar latín, o filosofar, estando frenético o maníaco, sin primero lo haber aprendido*. Texto publicado en Sevilla en 1585. Existe una edición facsímil editada en Madrid, Extensión, 1996, y facilitada por Janssen Farmacéutica.

²¹ D. P. SCHREBER, *Ibid.*, p. 108.

²² D. P. SCHREBER, *Ibid.* p. 173.

del cumplimiento, que sustituye el autorreproche por la más o menos saludable abnegación. El esquizofrénico, a su modo, se emplea de la misma manera. Para desprenderse de ese afecto sin correspondencia posible seduce con lo que puede, y como no puede hacerlo con el deseo, con el dulce engaño de la vida, los únicos recursos a su alcance serán el aislamiento y el delirio, esto es, el genio por la soledad y el uso febril de la razón. Invirtiendo sagazmente los términos, el esquizofrénico responde al abandono con la soledad y a la irracionalidad ajena con el uso alocado del pensamiento. Como quiera que sea, seducir proviene etimológicamente de *seducere*, que es apartar al otro, conducirle, desviarle, como *delirare* indica también torcer el surco, apartar del buen uso de la razón. Pero, por otra parte, esta transgresión mental del esquizofrénico, quizá la rebelión más exigente que se haya formulado nunca contra la hegemonía del principio de realidad, contra la tiranía de la adecuación, además de seducir, como seduce y tienta todo lo oscuro, no le hace ascos tampoco al cumplimiento del deber aunque, en principio, cedamos a la impresión de que el psicótico no se atiene a ningún imperativo de honor, honradez o lealtad. Artaud, en una de sus agudas intuiciones, dejó bien sentado y claro lo contrario: «¿Y qué es un alienado auténtico? Es un hombre que prefiere volverse loco, en el sentido socialmente admitido, antes que prevaricar contra determinada idea superior del honor humano»²⁴.

¡Qué alegría, vivir sintiéndose vivido!

(Pedro Salinas)

Los amigos aspiran a la simetría y a través de ella, como un estiramiento favorable, a la concordia social. En cambio, el amor, más que pretender la igualdad, que a sus ojos resulta un logro bastante tibio, suspira por la identidad completa. El amante aspira a *sentirse vivido*, a volverse *uno* con el amado y a desentenderse de la sociedad —«¡apártate que voy de vuelo!», exclamó nuestro más conocido místico—.

A los amigos, incluso en la más feliz de las posibilidades, por muy *perfecto* o *verdadero* que sea el lazo amistoso que les une, les distancia una imposibilidad, una lejanía constitucional que precisamente nos ayuda a ser nosotros mismos y a distinguirnos unos de otros, mientras que esta misma separación se convierte en una tragedia para los amantes, como una adversidad maldita que les amenaza sin tregua con la diferencia.

En cualquier caso, por su indesplazable raíz social, la amistad reclama la presencia material del amigo, mientras que el amor puede contentarse o engañarse con una imagen o un ideal. No hay amistad platónica posible como sí hay, por el contrario, odio platónico en el caso del paranoico, un *enodiamiento* fornido que puede suplir con la desconfianza y la persecución esa tenue reciprocidad que esperamos de los amigos.

A tenor de estos problemas se entiende que el enamorado no tenga enemigos sino simplemente rivales. Los celos que acompañan irremisiblemente al amor, si se exacerban y pierden su ambivalente sabor rebajan el amor a los terrenos de la amistad, donde la confrontación con el enemigo resulta a partir de ese momento insustituible, aunque sea de forma tan rebajada que

²⁴ ARTAUD, *Van Gogh*, Madrid, Fundamentos, 1978, p. 18.

COLABORACIONES

sólo sirva para delinear sobre el prójimo los perfiles de la imbecilidad. En cierto modo, el amor puede entenderse como una amistad tan intensa y exclusiva que al aislarse de la sociedad pierde de vista la recompensa psicológica de la enemistad, ese ingrediente trágico que de continuo debemos velar y moderar, a sabiendas de que sin el correctivo de su presencia potencial es muy difícil que tengamos amigos. Los celos, en este sentido, no son otra cosa que el paracaídas que dulcemente nos prepara para devolvernos desde la impetuosa pasión del amor al mundo de la amistad, salvo que hayan devastado nuestro interior y nos arrojen violenta y directamente al cerco de la paranoia. En este caso, comprobamos que la paranoia no es otra cosa, en resumidas cuentas, que los celos ya corrompidos y acérrimos de la esquizofrenia. Los celos, que en el seno del incandescente amor encuentran su morada sin estridencias, se sustraen de su buen fin cuando se instalan entre los amigos. A un amigo no se le pide exclusividad ni dedicación completa. De idéntico modo, el esquizofrénico, en cuanto abdica de su heroica resistencia ante el vituperio de las *voces*, se traslada insensiblemente al territorio mediocre y altivo de la persecución, que es su forma medrosa de exigir correspondencia a quien no debe.

No obstante, la erotomanía, como encarnación amable de la paranoia, parece contrariar con su vitola de amor el lazo de enemistad que decimos delimita el mundo paranoico. El discurso amoroso del erotomaniaco surge aparentemente como un embarazoso obstáculo frente a la polarización teórica que defendemos. Aunque si se observa de cerca comprobamos que la efusión que se manifiesta en la erotomanía es antes una conmoción reivindicativa y persecutoria que cualquier otra cosa. Pues, en su ca-

so, el sujeto no se enamora ni vive sobre su persona los goces y desventuras del enamorado, sino que más bien sufre el acoso vigilante del amado que ha exprimido del amor todo lo que tiene de conspiración. La clásica evolución de la erotomanía hacia las manifestaciones de despecho y rencor, no son seguramente tanto la consecuencia de un amor desengañado que invierte los sentimientos y sustituye por odio lo que anteriormente florecía como amor, sino que es la misma manifestación persecutoria inicial que ha perdido su disfraz más gentil y acogedor. Defensa delirante del paranoico que el esquizofrénico no tolera, pues ni puede expresar el amor ni resiste, aunque sea imaginariamente, recibirle.

Por otra parte, el erotomaniaco puede ser considerado, en su curiosa fuga del amor, como el libertino de la psicosis, pese a que no llegue a sustituir la duración por la sucesión, como hace el auténtico Don Juan con urgencia. Su éxito consiste, precisamente, en no sentirse enamorado, y del mismo modo que el vizconde Valmont –ejemplo sublime del libertinaje– sostiene en cierta ocasión, que «es preciso que yo logre a esta mujer para librarme de la ridiculez de amarla»²⁵, nuestro paranoico, en el fondo, es un seductor delirante, un calavera que ha arrancado de su rostro todas las expresiones del amor y delira con una correspondencia fanática de los demás que no puede compartir desde la desnudez esquelética de su alma. Al contrario que nuestro célebre Quijano, a quien en su atolondrada caballerosidad se le olvida interesarse por los sentimientos de su amada Dulcinea, el erotomaniaco, desde el polo opuesto, tan sólo se ve turbado por las ilusorias pasiones que cree

²⁵ CHODERLOS DE LACLOS, *Las amistades peligrosas*, Barcelona, Bruguera, 1982, p. 42.

despertar y que celebra sin contarnos nunca cuál pudiera ser su respuesta particular.

Amor divulgado, pronto terminado.

«Amor raro consuevit durare vulgatus»

(Código del amor cortés)

Al amor le atrae el recogimiento. El gusto por la intimidad que demuestra proviene de las distintas fuentes que le nutren, tales como las dos siguientes: la exclusividad del amado, a quien no se quiere compartir con nadie sino más bien guardar para sí, y cierto pudor proveniente del sentimiento de transgresión e insociabilidad que suele acompañar a la pasión. «Y nuestro más querido amor, le escribe Sussete a Hölderlin, sólo será conocido por nosotros y seguirá siendo un secreto sagrado»²⁶.

Pues bien, uno de los rasgos que definen al esquizofrénico como náufrago del amor es su incapacidad inicial para el secreto. Al menos para ese secreto natural que impide la invasión del pensamiento de los demás en el nuestro o, en sentido contrario, que obstruye la evasión de nuestras ideas fuera de los límites que normalmente protegen nuestra saludable opacidad. Como si nos viéramos siempre obligados a defendernos de una doble tensión, frente a una experiencia demoníaca de posesión y frente a otra chamánica o extática de difusión.

Con la capacidad para mentir y para guardar el secreto —dos funciones que pese a su aparente naturalidad no se nos dan sin esfuerzo— alzamos una barricada tras la que protegemos nuestra identidad. Sin llegar necesariamente a la voluptuosidad barroca por ocultarse, todos precisamos de la libre capacidad para apagar la luz de nuestro in-

terior y volvernos oscuros cuando nos parece obligado. De hecho, hasta los amigos nacen también en medio de la discreción, se sustraen de la curiosidad ajena y nos exigen con razón que respetemos sus confidencias como si se tratara de una cuestión de fidelidad y de honor.

El paranoico, por su parte, es menos débil y vulnerable en este campo que el esquizofrénico. No sufre con la misma intensidad los efectos que provienen de la impotencia para el secreto. El robo, el eco del pensamiento o el pensamiento impuesto son fenómenos elementales de la psicosis que torturan al esquizofrénico pero que el paranoico ha podido eludir, probablemente gracias al resorte ágil de su delirio. Pues el esquizofrénico da la impresión de construir su delirio más costosamente, desde una experiencia más radical y honda, que se las ha de ver primero con las *voces* intrusas del automatismo para poder fabricar con esos frágiles jirones un nuevo significado.

Pero, en general, todo psicótico, sea cual fuere su polaridad tipológica, construye con su delirio una barrera artificial de sentido frente al resto de los hablantes, procurando una estrategia para no ser adivinado y, por consiguiente, no ser mentalmente violado. Además, junto a esa trinchera verbal tras la que puede escudarse, el delirio aporta un segundo dique a favor de la reserva y recogimiento que el psicótico necesita urgentemente recuperar. Me refiero a la incomprendibilidad intrínseca del delirio, que como un nuevo y exclusivo conocimiento del psicótico, extraído directamente del abismo en el que acaba de sucumbir, le sirve también, por su inexpugnable enigma, como una empalizada protectora frente a la penetración de los demás. La funcionalidad del delirio descansa en su misterio, en su vértice impenetrable de saber, en su inal-

²⁶ HÖLDERLIN, *Ibid.*, p. 118.

COLABORACIONES

canzable traducción a nuestro lenguaje. Pues de otro modo, si fuera comprensible y descifrable, perdería su provecho para poner a salvo la intimidad del psicótico. Hasta cierto punto, todo delirio, en caso de ser metáfora de algo, lo es de un secreto sin contenido: de un ardid hueco que traduce la verdad íntima del desgarramiento y el camino hacia lo desconocido que ha emprendido el esquizofrénico —y sólo iniciado el paranoico— y por el que se puede sentir tan atraído que el resultado bien resulta a veces, más que un encuentro inesperado y fatídico, un descubrimiento deliberado e insolente. Es en su interior, en última instancia, donde va a descubrir el secreto vacío que garantiza la médula incomunicable que nos define y que evita el despropósito de la transparencia. De ahí la prudencia con que debemos de intentar entender a los delirantes para no violar su privanza ni su misterio, dado que el delirio es el único balbuceo con que los psicóticos han logrado filtrar su profundo interior cuando no han sido capaces de lograrlo urdiendo otro tipo de atisbos supletorios más creativos y menos perjudiciales. Aunque nosotros, por nuestra parte, tampoco podamos renunciar al esfuerzo de interpretarlos, si es que queremos cumplir con la ética de saber o simplemente, por motivos más técnicos y utilitarios, porque necesitamos aprender a hablar con ellos. Pero debemos hacerlo con el mismo tacto y mimo con que respetamos en los enamorados su libre deliquio. Porque la curación, aunque no lo parezca, siempre es un riesgo: «Que hubiera recobrado la razón hasta tal extremo la entristecía. No debería uno curarse por completo de la pasión»²⁷, sentenció con genio Marguerite Duras.

Por mi parte pondré fin a este amor que no se me prohíbe (Ovidio)

Todas las pasiones del amor, incluidas las menos inflamables del libertino, son transgresoras, tienden a enfrentarse a la prohibición y a disolver las normas constituidas. «Abomino de su franqueza. ¿Le pedí yo alguna vez que me dijera sinceramente la verdad? ¿Por qué no dejarme con mi pasión?»²⁸, exclama con virulencia la monja portuguesa del Alentejo.

En su expresión más desbordada, el amor peca de insociabilidad, de desentendimiento de los demás. Inclinação que el esquizofrénico caricaturiza desde el retiro mental donde cultiva con enérgica exaltación su delirio. Por contra, el paranoico, por mucho que rumie en privado sus ideas, es la acción y la esgrima con los otros lo que le atrae, y en ese ambiente, sin llevar al extremo su aislamiento social, debe poner a prueba el saber apretado del delirio y el atropello de su convicción.

El amor y la esquizofrenia son dos formas análogas de rebeldía. Mientras el enamorado se enfrenta a sí mismo si es necesario por defender la verdad de su afecto, el esquizofrénico se destruye si llega el caso por no renunciar a la certeza de su pensamiento, que es lo único que le ayuda a sentirse autor y protagonista a la vez de su propia tragedia. En el fondo, el esquizofrénico es alguien que, sometido a un dolor indecible, ha decidido vivir el amor sin ser amado, pues en su soledad indiferente no siente como el perverso la insignificancia inocua del otro sino su potestad. Cuando esta circunstancia prohibitiva que alimenta su amor se vuelve intolerable, el esquizo-

²⁷ M. DURAS, *El arrebatado de Lol V. Stein*, Barcelona, Tusquets, 1987, p. 62.

²⁸ MARIANA DE ALCOFORADO, *Cartas de amor de la monja portuguesa*, Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 87.

frénico, harto de su *amorosa* soledad, declara la guerra al otro y se hermana con el paranoico en una nueva alianza sintomática. De este modo casi plácido, y en todo caso espontáneo y natural, las dos provincias psicóticas se superponen, se solapan y constituyen una comunidad que suspende con su abrazo el diagnóstico diferencial.

Todo quiere ser cuerpo (Pedro Salinas)

El cuerpo es el cruce donde se bifurcan las diferencias existentes entre el amor y la amistad. La participación del cuerpo es un ingrediente necesario –pero insuficiente– para desviar la amistad camino del amor. Qué cosa sea el amor sin la participación material del cuerpo es algo difícil de dirimir. Interminable problema que cuestiona todo amor platónico, incluido el célebre amor a Dios. También el cuerpo cristiano, entendido en este sentido como medio de salvación, sufre por el mismo motivo un mordaz sofoco. Bien mirado, la aceptación del amor sin el compromiso corporal resulta impensable incluso cuando le consideramos circunscrito a una pasión espiritual, que nunca logra del todo zafarse de su presencia. Pues no hay manifestación del deseo, por muy sublimada que se actualice, que no integre de un modo u otro al cuerpo y su erotismo.

De Afrodita sin Eros decía Plutarco que era como comer, beber o descansar²⁹, una experiencia puramente sensorial, pero Eros sin Afrodita era casi inconcebible en la cultura griega y latina hasta la aparición del cristianismo. La *buena nueva* cristiana desplazó la moderación virtuosa de las pasiones y la sabrosa separación entre una Venus

celeste y otra vulgar al territorio de la abstinencia, la continencia y la renuncia, esto es, hacia el extremismo de todo lo que hoy conocemos como casto y virginal. De manera que, desde Ambrosio, pudo sostenerse que lo que nos separa de las fieras es la virginidad.

En general, de la amistad excluimos la participación sexual aunque no el erotismo, la seducción y sus derivados. Todos acabamos por convenir que cuando el cuerpo se convierte en un protagonista principal en las relaciones de amistad, sucede que o viran hacia el ámbito del amor o se crea un problema, un *peligro* que obstaculizará –o potenciará, en los casos elegidos por la fortuna– el mantenimiento de la amistad. Como si las cosas fueran más fáciles entre los amigos, aunque quizá menos elevadas, mientras los cuerpos queden reservados y a buen recaudo de cada uno.

El asunto afecta directamente al psicótico. La esquizofrenia y la paranoia también se polarizan en relación con este problema. Ahora bien, en el caso del paranoico, cuyos males venimos diciendo que no trascienden el círculo de la amistad, el cuerpo juega un papel secundario que no impone ninguna exigencia especial más allá de lo que esté enajenado en toda psicosis. Pero el esquizofrénico, por el contrario, en tanto que inmerso en el mundo apasionado del amor, se ve obligado a mantener con el cuerpo un compromiso íntimo e insalvable. En la esquizofrenia como en el amor, en palabras de Pedro Salinas, «todo quiere ser cuerpo». Y esta invasión exigente concluye forzando tanto la representación corporal que acaba metamorfoseada en materia. Entonces ya no se vive en el cuerpo, sino que éste estalla en añicos, habla por su cuenta o abraza en un fuego sin deseo. El esquizofrénico, que socialmente no tiene donde empadro-

²⁹ PLUTARCO, *Diálogo sobre el amor*, 756 E.

COLABORACIONES

narse, íntimamente vive en un cuerpo deshilvanado y fragmentado, que charlotea alucinado pero que no se presta al silencio, al albergue que normalmente le concede la carne a la palabra para dar vida en ella a otro lenguaje, unas veces sereno y sano, otras rabioso y lesivo.

El amor es una flor deliciosa, pero que hay que tener el valor de ir a cortarla en los bordes de un abismo (Stendhal)

El amor, en buena parte, es un trato con el vacío, con el abismo y con el núcleo majestuoso e insolente de lo sagrado. Estas regiones son también los parajes donde el esquizofrénico, en su necesidad de ir al centro de las cosas —o en su impotencia para impedir que éstas caminen descaradas hacia él—, ha quedado exiliado al llegar a un punto de no retorno. Pues así como el enamorado podrá emerger de esa hondura empujado por la solicitud del amado, nadie ayuda al esquizofrénico a volver a la superficie, sino que, al revés, se ve empujado hacia el fondo por la soberbia social o familiar de la que puede ser víctima: esa soberbia del otro en cuyo altar se sacrifica al esquizofrénico y que constituye una de las causas más nítidas de la psicosis. Soberbia y culpa: quizá los dos sentimientos más tenebrosos e irracionales que habitan al hombre y que son el fermento más activo de la enfermedad mental.

Desde este punto de vista, el amor es una pasión por lo imposible que también contagia al esquizofrénico con las quimeras de lo irrealizable. Precisamente, en el seno de esa imposibilidad se alberga lo divino: agridulce experiencia que, por su proximidad con la muerte, surgirá en su momento para satisfacer la ambición de inmortalidad

que hermanan al enamorado y al esquizofrénico. El paranoico, por su parte, se muestra más parco. No precisa recorrer esas profundidades para encontrar un caldo de cultivo apropiado. A él le basta con la superficie para descubrir en su suelo el agreste pero consoladora presencia del enemigo. Porque el paranoico, a la postre, es un esquizofrénico secularizado.

En lo más hondo de la relación del hombre con los dioses anida la persecución (María Zambrano)

El amor y la esquizofrenia, dos experiencias claramente equívocas, pueden ser entendidas, por su indómita inclinación a lo absoluto, como fuentes de la teología natural. De su tronco nacen fértiles todas las ramas de la divinidad, casi como si fuera posible hablar no sólo de la religión dentro de los límites de la razón —al modo de Kant— sino también de la religión dentro de los límites del amor y de la psicopatología. Pero no es únicamente en la esquizofrenia donde descubrimos cierta avidez teológica, sino que en todo el universo de la psicosis encontramos sin falta la roca omnímoda y divina que cimienta el delirio. Por consiguiente, no es por completo ilegítimo afirmar que Dios habita las psicosis y que podría manejar sus hilos, ni resulta absurdo, aprovechando la ocasión, esgrimir algunos argumentos capaces de proponer una clínica diferencial de las psicosis fundada en la idea de Dios y en el amor que le es debido.

En efecto, impulsado por la omnipotencia que le presta su narcisismo, el delirante acaba tropezando con un nuevo y distinguido colega del que se hará pronto inseparable. «Dado el pensamiento, escribe Spino-

za, la idea de Dios se sigue necesariamente de él»³⁰. La proposición parece especialmente dedicada al esquizofrénico, quien apenas empieza a pensar como psicótico deduce imperiosamente esa representación. Si de algo es capaz el esquizofrénico es de engendrar un Dios donde los demás, menos pensativos, se contentan con un deseo escueto. El *Deus absconditus* que late en el fondo de todas las cosas parece estar de continuo a su disposición. La existencia de Dios garantiza en último extremo su propia existencia, como el amor que nos debe garantizar tanto la cohesión del mundo como la identidad de cada uno. «Crear en Dios –afirma Bataille– es creer en uno mismo. Dios no es más que una garantía del yo»³¹.

Y no debemos olvidar, ante su presencia insistente, que para el evangelista «Dios es amor», como también es visión. Dios se muestra simultáneamente como el que todo lo ama y el que todo lo ve. De esta guisa, una vez más, en esta ocasión desde la representación de Dios, el amor y la transparencia vienen a sacudir el espíritu convaleciente del esquizofrénico, tan necesitado de redención, reparación, restauración y restablecimiento. El delirio, si se admite la comparación, es la oración del psicótico, una suerte de plegaria y de súplica que se reza en momentos extremos.

Afirma el creyente que en el conjunto de los amores el amor a Dios posee el cetro de todos y ejerce sobre ellos su autoridad. En parte, el poder del amor proviene curiosamente de su fuerza jerárquica. Con el amor obligamos a ordenarse respecto a nosotros a los que nos son próximos. «Ante todo, un amor que no discrimina, pierde a nuestros

ojos buena parte de su valor, pues comete una injusticia frente al objeto; luego no todos los seres humanos merecen ser amados»³², concluye Freud. Por lo tanto, «amar a Dios sobre todas las cosas» quiere decir literalmente lo que dice: la soledad; salvo que lo corriamos con el precepto de amar a Dios en los demás, cosa que no se muestra al alcance del esquizofrénico, demasiado ocupado en su rebelde esfuerzo razonador como para preocuparse del resto. Por contra, el amor es también el encargado de educarnos en la desigualdad, y siempre se ve al amante adiestrándose en la necesidad de dar respuesta a las cuestiones de la simetría y la reciprocidad. Ecuación que precisamente el paranoico tira por la borda y resuelve con el axioma de la enemistad.

Allí donde al paranoico le nace enseguida un perseguidor, al esquizofrénico se le revela sencillamente un Dios. Para el esquizofrénico el otro cardinal es Dios: su semejante. La idea rectora y soberana de Dios le proporciona esa fusión espiritual sin la cual le cuesta vivir entre los hombres. Una forma psicótica de esperanza sustituye entonces al horizonte del deseo, igual que una unión de índole mística tiende a ocupar el lugar de la alteridad. Sólo habitando lo divino empieza a sentirse justificado. La perfección, ya a su alcance, dibuja los contornos de ese amor inhumano a Dios que ha nacido entre los restos de su automatismo: casi como si cada esquizofrénico fuese un nuevo Moisés, intérprete privilegiado de la voz divina por ser el único capaz –según el criterio de Maimónides– de oír palabras donde el pueblo sólo distinguía sonidos inarticulados y voces. Con la misma estrategia se diría que nace el delirio esquizofré-

³⁰ SPINOZA, *Ética*, Parte I, Proposición XXI.

³¹ BATAILLE, *Ibid.*, p. 55.

³² FREUD, «El malestar en la cultura», *Obras Completas*, T. III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1968, p. 30.

COLABORACIONES

nico: agrupando signos verbales, aglutinando fenómenos elementales hasta configurar una idea de Dios. Porque, en el fondo, el esquizofrénico es alguien que ha olvidado el álgebra neurótica de las penas del amor y no tiene donde deslizar el sufrimiento. Por ello lo único que se le ocurre es resucitar un Dios. Fracasado en el amor vulgar, en lo sucesivo el esquizofrénico vuelve el rostro hacia el amor celeste, rehusando mirar hacia otro lado. Sucede, además, que la experiencia resulta tan forzosa y extraordinaria que el esquizofrénico se siente obligado a aliviarla con detalles paranoides. Pronto algunos ingredientes de persecución vendrán a descargar de intensidad amatoria al esquizofrénico, casi como la amistad viene a sofocar en las neurosis lo insoportable del amor. Un velo paranoico va retocando poco a poco la idea de perfección de Dios, tornándola más humana, demasiado humana en general.

Ahora bien, el delirio no discurre sin esfuerzo. Fue Jenófanos el primero en decirnos que si los bueyes tuvieran dioses tendrían cara de bueyes. Dios hizo al hombre a su semejanza, y el hombre a la suya creó a Dios. Lo mismo sucede con el Dios del esquizofrénico, que tiene inevitablemente

rostro psicótico. Por ese motivo sucede que apenas ha entrevisto el esquizofrénico a su nuevo Dios, recién nacido del fenómeno de las *voces*, tiene que acomodarle a su particular martirio y esforzarse en identificar lentamente a su Dios desconocido. El paranoico parte de un enemigo al que paso a paso diviniza, mientras que al esquizofrénico se le manifiesta un Dios impoluto que poco a poco enriquece o degrada con el sello de la enemistad. Es decir, que al paranoico no se le aparece Dios con la nitidez espontánea con que lo hace para el esquizofrénico, sino que se le va mostrando como resultado, casi irreverente, de la fuerza que pone en inflar a su enemigo. Pero al esquizofrénico, pese la pureza de su origen, tampoco le dura mucho la perfección, pues apenas nacido a la dimensión del amor divino, en su unicidad y potencia, los componentes paranoides del psicótico inician su labor troqueladora, como si aquél, al igual que en el panteón griego, necesitara de dioses vulnerables, sometidos a una némesis superior. En esa tensión, tan análoga por otra parte al esfuerzo teológico, el cuadro clínico explora sus posibilidades, mientras el amado y el amigo buscan ahora, mirándose en Dios, su diferencia y su identidad.

* Fernando Colina Pérez. Psiquiatra. Hospital Psiquiátrico Doctor Villacián. Valladolid.
Correspondencia: Fernando Colina. Hospital Psiquiátrico Dr. Villacián. C/ Orión, s/n.
47014 Valladolid.

** Fecha de recepción: 10-I-2000.